

LLAMADLO AMOR

RICARDO M. SALMÓN

En un artículo aparecido en agosto del año 2006 en *The Observer*, Christopher Barker, uno de los cuatro hijos que Elizabeth Smart tuvo durante su larga y compleja relación con el poeta George Barker, confiesa no haber entendido nunca la devoción amorosa que su madre experimentó hacia su padre, hombre de notable sensualidad (tuvo quince hijos reconocidos con tres mujeres distintas y no le hizo ascos a las relaciones homosexuales), bebedor compulsivo (según puede colegirse tras leer *The*

chameleon poet: a life of George Barker, impagable biografía que Robert Fraser le dedicó) y aplaudido escritor (fue patrocina-

nado nada menos que por el conspicuo T. S. Eliot en la década de los años 30 del pasado siglo). En su artículo para *The Observer*, Christopher contaba cómo su madre se enamoró del artista antes que del hombre, pues fue la lectura de los versos de Barker lo que hizo que Smart quedara fascinada por alguien a quien jamás había visto. Con estos mimbres, que parecen sacados de la imaginación calenturienta de algún prosélito del *Sturm und Drang*, no es de extrañar el tono arrebatado, de una intensidad en ocasiones impactante, que la prosa de Smart alcanza en su celebrado *En Grand Central Station me senté y lloré*, libro que ya desde su título, paráfrasis del bellissimo salmo 137 (ese que empieza: “Junto a



Elizabeth Smart.

PERIFÉRICA

pero en todas ellas sobrevive la presencia innegociable del amor, una fuerza poderosa que todo lo regala y que todo lo arrebató. Smart, y con ella sus lectores, deambula así entre “el semen frío de la tristeza” y un “pleno delirio de poder, de invulnerabilidad”. De ese movimiento pendular, hecho literatura, no es sencillo salir indemne. Como no es sencillo, del mismo modo, transitar por este breve libro sin envidiar y, a la vez, sin apiadarse de la experiencia vivida por la autora. Imagino que alguien capaz de escribir, como en la octava parte del texto, una frase como “¿Por qué el dolor del mundo, incluso diez siglos de desgracias, tendría que empequeñecer el hecho de que amo?”, es digna de admiración y, al tiempo, de conmiseración. No en vano, la misma Smart reconoce que, en un mundo en guerra (buena parte de la narración transcurre mientras millones de personas son devoradas por el holocausto de la Segunda Guerra Mundial), su angustiada tribulación de mujer enamorada y egoísta posee algo de insultante, aunque también resulte sublime. Una sublimidad encerrada, casi siempre, en el espejo de la naturaleza, en el cual Smart se mira cuando la felicidad o la desgracia la cercan, y, por descontado, en el tesoro de la literatura, representada en estas páginas por algunos de los mayores escrutadores (el ignorado autor del *Cantar de los cantares*, Shakespeare o Milton) de ese prodigio inquietante llamado amor.

UNA HISTORIA DESGARRADO- RA SOBRE LA PASIÓN ENTRE ESCRITORES



En Grand Central Station me senté y lloré

Elizabeth Smart

Periférica
17,50 euros
155 páginas

los ríos de Babilonia nos sentábamos a llorar acordándonos de Sión”), nos sitúa sobre la pista del tipo de escritura que en él encontraremos, una prosa de raíz veterotestamentaria y sabor elegíaco.

El texto de la autora canadiense, en magnífica versión de Laura Freixas, constituye una recreación alucinada y desgarradora –y en ocasiones irritante: sabido es que el exceso, en literatura, siempre acaba por agotar al lector– de los itinerarios que la pasión de Smart por Barker recorrió. Como en un viacrucis profano, se suceden así, entre el Nuevo y el Viejo Mundo, las estaciones del fulgor, el éxtasis, la culpa, la vergüenza, la exaltación, el egoísmo, la caída, la redención, el odio, la agonía, el desencanto, el remordimiento y la soledad,